

de lo más natural ir cada semana después de la misa a encenderle una vela a la señora que tiene su capilla en nuestra iglesia, para pedirle que cuidara a Ana puesto que nosotros, sus padres terrenales, ya no podíamos hacerlo.

Un año para mi cumpleaños George me regaló un afiche enmarcado de su imagen. "¿Qué demonios diría mi madre?" me pregunté mientras colgaba este icono en la pared de mi cuarto. "¡La próxima vez traeremos estatuas de yeso!" Por cierto. Mientras escribo tengo sobre mí, encima de una hornacina formada por una antigua cañería, una imagen de porcelana de la Virgen (es demasiado blanca, pero hace muchos años, cuando la compré, yo era muy ignorante políticamente hablando) rodeada de dos llamativas flores de plástico hechas en un centro de ancianos local y que se parece al Dalai Lama, a Dorothy Day y al Buda de la Medicina azul marino. Ahora ella está en nuestras vidas por todas partes: en las mayólicas pintadas en la entrada de casa; en una placa esmaltada hecha por los refugiados salvadoreños en Guatemala, donde ella está parada sobre una colina salpicada de animales, incluyendo un armadillo gordo; en una burda figura tallada en madera, rodeada de unos rayos hechos de palitos de diente amarillos. Incluso tengo su imagen en una camiseta pintada a mano por uno de los trabajadores de Casa María, donde ella sostiene un cucharón de sopa y una tacita blanca de espuma. Nuestra Señora del Caldo, la llamo. Diariamente, una rápida mirada a estas imágenes mientras ejecuto diversas tareas domésticas me recuerdan que debo agradecerle ese regalo de las rosas en medio del invierno y rezar para que nos proteja a todos.

✻ RUBÉN MARTÍNEZ

La virgen indocumentada

Yo soy católico. Católico no sólo *culturalmente* hablando, por si acaso, sino un practicante de la fe que come carne y bebe vino. Y me golpeo el pecho mientras recito el yo confieso en la misa. Me persigno cada vez que paso por una iglesia, en el avión antes de despegar y aterrizar, y siempre antes de una *performance*. Tengo tantos rosarios, botellas de agua bendita, crucifijos y santos (retratados en estatuillas de plástico, imanes para el refrigerador, postales tridimensionales) como una abuelita mexicana o un jugador de béisbol dominicano. El simbolismo cristiano se filtra en mi escritura: mis personajes están siempre experimentando crucifixiones y resurrecciones a la manera de Cristo.

Mis amigos —los poetas y los artistas del *performance*, los neobohemios ateos— ellos son los católicos culturalmente hablando. Se ríen de mis costumbres anticuadas. ¡La iglesia!, me espetan, mientras brilla la luz de los crucifijos de oro que llevan prendidos al cuello o en una o las dos orejas. ¡Esa institución genocida! ¡Los sacerdotes! dicen, mientras encienden un palo de incienso en el

altar de sus apartamentos o lucen sus camisetas con la Virgen de Guadalupe. ¡Son una partida de acólitos hipócritas y molestosos!

Yo admito que la Iglesia Católica es responsable de muchos crímenes en contra de la humanidad. Pero, les digo a mis amigos, hay un amplio margen entre la institución y lo que yo considero la verdadera Piedra de la Iglesia: no los sacerdotes ni los obispos ni los cardenales ni el Papa, sino los fieles de la congregación. En El Salvador, fueron los legos católicos quienes sentaron las bases para el movimiento revolucionario de los '70 y de los '80 —y, en ese proceso, convencieron a ciertas autoridades eclesiásticas claves (tales como el Arzobispo mártir Oscar Arnulfo Romero) de que apoyar a la dictadura militar era un pecado mortal. Pese a la declinación de la teología de la liberación de ascendencia marxista durante la era postsocialista, los activistas católicos continúan estando a la vanguardia en asuntos como la justicia social, ya sea en las empobrecidas favelas de São Paulo o en las calles infestadas de pandillas al este de Los Ángeles.

Pero se trata de algo incluso más importante que la política, o de lo que se considera el núcleo de una actitud política, que es la esencia de mi espiritualidad. Yo soy católico practicante porque creo en la fuerza de las comunidades y, especialmente, en el rol del ritual como una fuerza unificadora que le permite a la gente trascender el estrecho individualismo y alcanzar a los extraños que reflejan nuestro propio rostro: ese momento de la Santa Misa en que volteamos hacia nuestro vecino y le deseamos, "La paz sea contigo".

Mi catolicismo tiene sus raíces en México, donde nacieron los padres de mi padre y donde vivieron hasta que vinieron a Los Ángeles siendo todavía jóvenes. México es un territorio católico en el sentido cultural y espiritual: ha podido sobrevivir su torbellino político y económico y su crisis de identidad mestiza en gran parte debido a que la solidaridad y el ritual del catolicismo son capaces de reunir las desiguales piezas de su ser fragmentado. Ante el horror de los nacionalistas de los Estados Unidos, sucede que la mayor parte

del sudoeste norteamericano se ha convertido nuevamente en un territorio católico —porque alguna vez lo fue y porque las recientes olas de inmigrantes han vuelto a despertar su ser mexicano-católico, especialmente en California.

El símbolo más visible de esta transfusión espiritual más allá de los límites entre E.E.U.U. y México es la ubicuidad de la Virgen de Guadalupe, la santa patrona de México, al norte de la frontera. Ella está pintada en las paredes del vecindario y en las fachadas de las tiendas, figura como emblema en las camisetas y en las gorras de béisbol; su retrato cuelga en la sala y en cada iglesia de barrio desde el este de Los Ángeles hasta El Paso. No hay datos estadísticos respecto a los hábitos de oración de la gente, por supuesto, pero estoy seguro de que los fieles mexicanos y chicanos ofrecen muchas más plegarias a la Virgen que al Hijo de Dios. Para nosotros, la Virgen es por lo menos un icono religioso tan importante como el propio Jesús. La Virgen es el centro del alma mexicana.

PARA LOS LATINOAMERICANOS, así como para la gente de cualquier área colonizada del globo, el legado de la iglesia es ambiguo. Fue la Iglesia la que llegó con los conquistadores y quemó hasta el último de los códices nahua, borrando por lo tanto el registro de una de las culturas más importantes del mundo. Pero una tercera cultura surgió de la sangre y de las cenizas de la conquista, así como lo que sería una cuestionable tercera religión —el Catolicismo del Nuevo Mundo. En México, la Virgen estuvo en el centro de esta muerte/renacimiento espiritual.

Al final, pudo haber existido una mezcla incluso peor que la de la América India con la Corona Católica Española: las vidas religiosas de ambos antes de su encuentro mutuo tenían mucho en común. El catolicismo es a la vez profundamente jerárquico y colectivista —ésa es la contradicción fundamental de esta religión. La pasividad social y política se inculca a los fieles como una forma

del control teocrático, pero el sentido comunitario entre los católicos es también muy poderoso. La familia católica, tanto en su unidad nuclear como en la congregación más amplia, ha sobrevivido a los siglos y florecido en una increíble diversidad de contextos culturales debido a que su vida pública, en sus mejores momentos, refleja la privada: hay una calidez familiar tanto en de la iglesia como en el hogar, una generosidad total tanto entre extraños como entre padres e hijos.

Las teocracias indígenas precolombinas compartían este mismo tipo de contradicción. El control político se lograba a través de las maquinaciones de una clase sacerdotal elitista que guardaba celosamente su poder, pero los indios desarrollaron también formas armónicas de vida comunitaria: el espacio público era también un espacio íntimo. La confusa iconografía católica de la Santísima Trinidad y la interminable procesión de santos también se parecía al panteón politeísta de dioses del mundo espiritual azteca. Fue esta similitud, creo yo, la que ofreció la posibilidad de una síntesis espiritual en vez de una conquista directa.

El choque entre los conquistadores europeos y el mundo indígena de las Américas es tanto una historia de sobrevivencia como de muerte. Hace apenas unos años, las comunidades indígenas de todo el continente sentaron una nota de discordia durante la "celebración" del "descubrimiento" del Nuevo Mundo. El hecho de que sus voces fueran escuchadas se debe a la sobrevivencia de la América Indígena. Cada vez más, hemos llegado a reconocer que la Conquista no dio como resultado la destrucción total de los indios y que al rectificar las equivocaciones históricas de la conquista no se necesita purgar a los europeos. La Iglesia Católica de América Latina no es la Iglesia del Vaticano, ni tampoco es una institución completamente indígena. Es la iglesia mestiza, donde coexisten todas las contradicciones culturales de América en una tensión inquietante y constantemente en evolución.

La combinación del catolicismo español con la espiritualidad

indígena comenzó con la propia conquista, en la que las deidades precolombinas subsistieron por un proceso que mi colega el artista de *performance* travestí y activista en favor del SIDA Marcus Kuiland-Nazario describe como "el uso de un disfraz católico". No se rompió el continuum espiritual: la Guadalupe es Tonantzin, la diosa azteca que los indios veneraban en el Cerro de Tepeyac antes de la llegada de los españoles. Se le llama la "Madre de México": se le identifica con los indios, no con los europeos. Por supuesto que los mexicanos veneran a Jesús y también a una constelación de santos católicos (y que hay muchos otros casos de "travestismo" espiritual como el de la Guadalupe en las Américas, especialmente en la religión de la santería afro-caribeña). Pero Guadalupe-Tonantzin resultó especialmente poderosa para los mexicanos: les dio una vía subversiva que los distanciaba de la iglesia patriarcal, basada en el Jesús de la iglesia europea, para acercarlos a una espiritualidad india, matriarcal. Ojalá este matriarcado espiritual se impusiera también en la realidad política y económica de México, pero a Guadalupe todavía le queda remecer los cimientos del poder machista.

Guadalupe siguió a los mexicanos hasta el norte conforme ellos se asentaron en lo que se convertiría en el sudoeste de los Estados Unidos, y Ella permaneció a su lado después de la Guerra México-Norteamericana. Un siglo y medio después, Ella continúa acompañando a los mexicanos conforme cruzan la frontera en el Río Grande, y sigue siendo el icono chicano más fuerte para los mexicanos que han quedado atrapados al "otro lado" durante generaciones. Guadalupe, finalmente, reclama para sí una vasta región espiritual que desconoce las demarcaciones políticas que dividen a California y México. A través de su intercesión, el mexicano sigue siendo mexicano en California, el indio sigue siendo indio en México.

UNA VEZ MÁS, insisto en que no existen datos estadísticos en los cuales pueda basarme, pero mi propia investigación demuestra que ha habido un aumento dramático en las apariciones milagrosas de la Virgen de Guadalupe en los años recientes —a ambos lados de la frontera. Hace pocos años tuvo lugar la aparición de su imagen borrosa al lado de una modesta casa de cañabrava en Watts, uno de los muchos barrios en los que habitan los nuevos inmigrantes de California. Las cámaras de noticias de la TV no mostraron nada más que un curioso juego de luz y sombra en un árbol y el brillo de una lámpara, pero miles de fieles fueron hasta allí en peregrinación de todos modos. En un pequeño pueblo del centro de California, que sirve de hogar a miles de trabajadores migrantes, una estatua de la Virgen lloró lágrimas de manera inexplicable. Se dice que la Virgencita guía a los guardias que patrullan la frontera hacia caminos sin salida mientras que los ilegales cruzan hacia el Sueño Americano desde el otro lado del arroyo. Yo incluso escuché el rumor de que el sereno semblante de la Virgen se le apareció a una pandilla de chicos de barrio en Montebello, que se reponían de una borrachera tomando un gran tazón de menudo.

No es una mera coincidencia que Ella se haya estado apareciendo más seguido en los últimos tiempos. Ella siempre está allí. Hoy en día, la crisis existe en ambos lados de la frontera.

El torbellino económico y político de México empezó con la insurrección zapatista en enero de 1994. Hasta ese momento, el país parecía bastante estable. Los seis años de liberalismo económico bajo el régimen de Carlos Salinas de Gortari funcionaron según el típico modelo cuesta abajo: los millonarios se volvieron multimillonarios, la clase media se dedicó a comprar todo lo que pudo al crédito de la manera más optimista y los pobres —pues, los pobres se volvieron más pobres (en México, éstos constituyen prácticamente la mitad de la población). La OTAN, prometieron los neoliberales, daría como resultado una mayor prosperidad económica para todos.

Posteriormente, la medianoche del 31 de diciembre de 1993, a la misma hora que la OTAN entró en vigor, un raído ejército mayormente constituido por campesinos mayas saltó a la palestra mundial, atravesando la armadura de los neoliberales con un mensaje muy simple: la relativa prosperidad económica de México se estaba haciendo efectiva a expensas de los pobres. En México, los más pobres entre los pobres son los indígenas. Los zapatistas describieron a la OTAN como la sentencia de muerte para el campesinado indígena, donde las cooperativas agrícolas subsidiadas constituían un obstáculo en el camino de la competencia internacional. Ross Perot habló de esa inmensa cantidad de trabajos que los norteamericanos habían perdido frente a México debido a la OTAN; los zapatistas veían el asunto desde una perspectiva completamente opuesta.

Más aún, los zapatistas apuntaron a la que consideraban la más grande contradicción existencial de la nación. El México postrevolucionario se había forjado una identidad basada en la idea de la nación azteca: el proyecto gubernamental de la cultura nacional proclamaba al indígena como el centro cultural de México. Pero los indígenas, la minoría cultural de México (treinta por ciento de la población total), no prosperaron en su nuevo status de revolucionarios culturales. A los indios se les apropió como figuras en los afiches, así como los activistas del medio ambiente utilizaron a los nativos de los Estados Unidos en la década del '70. Los indígenas mexicanos fueron retratados en los grandes murales de Diego Rivera, celebrados por poetas y compositores, y estudiados fervientemente por los antropólogos. Pero la Revolución de 1910 nunca llegó hasta la zona campesina indígena. En Chiapas, las condiciones sociales siguieron tal como habían estado durante siglos: con muertes debidas a enfermedades curables y a la desnutrición, con un nivel educativo prácticamente inexistente, y un estatus económico que en nada resulta mejor al sistema de peonaje creado por la conquista.

Debido a todo esto, el movimiento zapatista, que tenía un poder militar mínimo, llegó a tener un inmenso respaldo moral. El resto de México —el México mestizo, el de los hijos e hijas de raza mestiza de la conquista— no pudo sino enfrentarse a esta hipocresía histórica. Los zapatistas confirmaron las verdades culturales de la Revolución y pusieron en reto a las corruptas estructuras (mestizas) que habían traficado con el ideal de la igualdad social y económica.

Después de la insurrección de enero, una serie de eventos llevaron a México al borde de un caos peligroso, que claramente resulta el momento más crítico del país desde la Revolución de 1910. El candidato presidencial Luis Donaldo Colosio fue asesinado en un mítin en Tijuana. Otro destacado miembro del partido oficial fue asesinado a tiros en las calles de la Ciudad de México unos meses después. Los jefes del narcotráfico libraron sus batallas territoriales abiertamente en las calles de diversas ciudades del norte, que en años recientes han llegado a parecerse al Viejo Oeste carente de leyes.

Mientras tanto, California estaba atravesando por su propia crisis de identidad. El conflicto político fundamental en el Estado Dorado era ostensiblemente la inmigración ilegal. En noviembre de 1994, la Proposición 187 fue aprobada por los votantes de California, quienes son abrumadoramente blancos (una situación tipo apartheid debido a que los latinos tenían una representatividad marcadamente deficiente en las listas de votación).

Si alguna vez la Prop 187 logra vencer los varios juicios legales que tiene en su contra amparados en los derechos constitucionales, les negaría a los residentes ilegales algunos beneficios públicos básicos como la educación y la mayor parte de los servicios de salud. Hubo mucho de gastada retórica entre los que estaban a favor de la propuesta 187: ¡hay demasiados inmigrantes! Lo mismo se dijo en los años '30 durante la Gran Depresión, y después durante la recesión de la posguerra en los años de 1950; en ambas ocasiones, cientos de miles de trabajadores mexicanos fueron deportados a

México. La Proposición 187 fue otro nuevo capítulo en la larga relación de amor/odio entre California y sus inmigrantes latinos: amor hacia la mano de obra barata, odio hacia las consecuencias naturales del hecho de que los anglos tengan que compartir el espacio —una tajada de la economía— con las grandes familias hispanas, en su mayoría católicas.

En esa misma elección, los votantes también aprobaron la Proposición 184, la iniciativa del “tres golpes y estás hecho” que demandaba sentencias de prisión de por vida al tercer delito —ya se tratara de un crimen violento o de una estafa. Las Proposiciones 184 y 187 están relacionadas entre sí: las dos están dirigidas a la “gente de color” de California —los latinos y los africano-americanos. Las dos están dirigidas a los trabajadores pobres. Ambas fueron aprobadas por una clase media blanca al mando de políticos que buscaban un chivo expiatorio entre la gente pobre y no-blanca de California para responsabilizarlos por el descenso económico de California.

Pero la 187 y la 184 iban mucho más allá de la inmigración y la delincuencia. El debate real giraba en torno al tipo de lugar en que se convertiría California en el siglo XXI. Los residentes anglos de Los Ángeles se quejan constantemente respecto a que su blanca Ciudad de los Ángeles ha sido “tijuanaizada”, aun cuando su existencia como clase media depende en gran parte de la mano de obra barata que tienen para la agricultura, la industria ligera y el sector de servicios. Los anglos californianos le pidieron al gobierno federal que pusiera un tope en la frontera sur: ¡Controlen a los bárbaros para que no salten las Verjas de Roma!

Lo que muchos californianos se negaron a reconocer es que la crisis de México es la crisis de California, y viceversa. Los mexicanos están en el centro de este remolino histórico: son los agentes del cambio. Se les desprecia a ambos lados de la frontera. A los chicanos y a los inmigrantes se les trata como a indios en California, mientras en México se considera a los indios como la traba princi-

pal para los más recientes esquemas neoliberales: a los indios de México se les trata como a los chicanos o a los inmigrantes de California.

La crisis económica de México envía a los indígenas al norte; la Proposición 187 se propone enviarlos de vuelta al sur. Y sin embargo, si se habla con los inmigrantes, con los indios, con los chicanos, uno no se topa con la cerrada mentalidad de los anglo californianos sino con el optimismo que alguna vez caracterizó al Estado Dorado. Hay esperanzas con respecto "al otro lado" mientras los inmigrantes se escapan frente a la patrulla de frontera en busca del sueño de una vida mejor en el Norte; hay esperanzas en los ojos tristes de Emiliano Zapata, portaestandartes de la revuelta de Chiapas; hay esperanza en los campus universitarios donde una nueva generación de estudiantes chicanos organiza huelgas de hambre y marchas en apoyo de sus hermanos inmigrantes o a favor de su propia cultura y de sus propias causas.

En ambos lados de la frontera, ella está presente.

SUSURROS APAGADOS: "María . . . bendita . . . mujeres . . . fruto . . . vientre . . ."

Estoy envuelto en una gruesa frazada de lana mexicana, tan abrigado como en el vientre materno, en la casa de mis abuelos tarde en la noche. Esos susurros son míos y de mi abuela. Ella está parada frente a mí con su largo camión, sus largas trenzas colgándole en la espalda. Cuando termina esa oración, ella se inclina y en voz más baja todavía reza otra, mientras me bendice con la mano. Ella pone la cruz que forma con su pulgar y su índice frente a mis labios. Yo la beso. "Amén", decimos, casi al unísono.

La única luz de la casa proviene del dormitorio de mis abuelos, donde las sombras que forma una oscilante vela danzan sobre la pared —y desde lo alto de la Virgen de Guadalupe que cuelga encima de la chimenea de la sala. Debajo del querubín y de ese pedazo

de luna oscura que la sostiene sale un resplandor rojo que brilla noche y día. Nunca en mi vida vi que mi abuela cambiara el foco de luz escondido tras la verde corona de cerámica de la Virgen. En mi niñez, ésta era la llama eterna, que me protegía de la oscuridad . . . del terrible dolor que había en la habitación de mis abuelos —los fantasmas de la Pasión de mi familia —y del caos del mundo exterior.

Mi abuela hizo todo lo que estuvo a su alcance para que su casa de Los Angeles fuera un gran altar católico-mexicano. Había una Última Cena en el comedor, por supuesto, y unas medallitas benditas como las que se ordena por correo ubicadas estratégicamente en cada habitación. Siempre había una vela encendida frente al San Martín de Porres con marco de oro. Pero era la Virgen de la sala —que por su altura, era el icono más importante de la casa— la que me fascinaba. Me aterraba. Podía salvarme. Era mi madre. Era Su madre. Y era una virgen, pero eso no me importaba demasiado; lo que importaba es que de ella venían todas las cosas: Ella era la Madre de Dios, la Diosa, la Bruja, comoquiera que deseen llamarla. Y lo mejor de todo, ella era morena: su piel aceitunada, teñida por el brillo de la omnipresente luz roja, era tan oscura como la mía.

En la Franklin Elementary School yo era el único latino en un cuerpo estudiantil formado sobre todo por blancos (recuerdo también a una niña negra y a un ramillete de niños asiáticos). Yo llegué a ser un buen estudiante, a pesar de que mi inglés era menos que aceptable cuando ingresé al *kindergarten*. Pero yo siempre tuve la sensación de que no calzaba allí, al margen de que terminé hablando y escribiendo muy bien en inglés. Era en casa donde yo me sentía más seguro de mí mismo. En la casa de mis padres, había un acuerdo muy bueno entre el español y el inglés, entre la ambición norteamericana y los valores de la familia latina, entre Vicki Carr y Motown. Pero el espacio de mi niñez donde yo me sentía más cómodo era la casa de mis abuelos. La Virgen era la fuente de algo valioso en mi vida: la sensación de que aunque tuviera que poner-

me muchos disfraces (socialmente, lingüísticamente) frente al mundo, siempre había una casa a la que podía retornar, tan cálida como fría era la escuela, tan seguro como intimidante era el mundo.

UN MES DESPUÉS de que fue aprobada la Proposición 187 en California y apenas unos días antes de la Navidad de 1994, el nuevo gobierno del Presidente Ernesto Zedillo devaluó el peso mexicano repentina y drásticamente, hundiendo a la clase media y trabajadora en una profunda depresión durante las fiestas. Pero los mexicanos sortearon el temporal. Gracias a Ella.

Llegué a la Ciudad de México apenas unos días antes de la devaluación, cuando el famoso volcán del Popocatepetl estaba arrojando unas gigantescas nubes de ceniza gris en una especie de metáfora diseñada a la medida de la inestabilidad del país. ¡Feliz Navidad!

Los peregrinos llegan de todas partes de la república para celebrar el día de su fiesta el 12 de diciembre, pero la fiesta comienza la noche anterior. Llegan como han estado llegando durante miles de años al Cerro de Tepeyac. Los peregrinos llegan por autobús, carro o bicicleta. Otros incluso llegan trotando o caminando desde distancias más largas que las de la maratón griega, llevando estandartes y cuadros enmarcados y pesados altares de madera, todos ellos con su imagen.

Una nación mayoritariamente morena de ascendencia indígena y mestiza se reúne frente a la piedra de lava que está ante la basílica. Tienen el cabello largo al estilo *neo-hippie* o corto al estilo *punk* —son chicos mestizos de la ciudad, indígenas de las provincias. Yo llegué esperando encontrarme con un montón de abuelas de rostros arrugados y largas trenzas blancas, pero en su mayoría los peregrinos son jóvenes: adolescentes tipo cantantes de *rock* con chaquetas de cuero que llevan insignias del *ghetto* y pegatinas de Metallica y Nirvana justo al lado de la imagen de la Virgen.

Es una especie de Woodstock católico al que asisten, según los

estimados oficiales, unos cuatro millones de fieles al año. Los peregrinos en bicicleta estacionan sus miles de máquinas una encima de la otra, en unas pilas ceremoniales de aluminio y jebe. Los peregrinos beben, algo de ron o aguardiente para ahuyentar el frío de la noche y —¿por qué no?— hacer un brindis con la Virgencita. Los peregrinos también fuman. Una partida de jóvenes rockeros en la cima del Tepeyac se pasan una pipa y escuchan a Pink Floyd en un radio a pilas. A la Virgen no le afecta la brecha generacional.

Es la fiesta más grande a la que he asistido jamás. Mi paranoia con respecto a las calles se desvanece cuando me doy cuenta de que éste es probablemente el lugar más seguro de todo el planeta: ¿quién se atrevería a perturbar a la Lupe cometiendo pecado de robo? (La policía informó que hubo una gran suma total de siete arrestos durante todo el festival.) Virtualmente no existe ningún tipo de seguridad, salvo por unas cuantas cuadrillas de la Cruz Roja con camillas y ambulancias listas para aquéllos que se desmayan al ser apretados por la multitud. Los pocos policías presentes despliegan un buen humor poco usual (a los policías se les odia tanto en la Ciudad de México como en los barrios tipo el de Rodney King en L.A.). Ellos matan el tiempo tomándose fotos frente a los altares Polaroid en brillante Technicolor en los que se retrata la aparición de la Virgen y masticando el tradicional pan con huevos y nueces como todos los demás.

Después de las dos de la mañana, el frío se hace más fuerte y la energía de la fiesta decae. Los miles de fieles se entregan a la noche: los corredores de maratón que vienen desde Hidalgo, los devotos marianos de Morelos, los danzantes indígenas de Oaxaca, los jóvenes ex-adictos a las drogas ahora convertidos en misioneros en Tijuana. Ellos extienden sus frazadas y se amontonan para protegerse del frío. Es como si todo el país estuviera junto en un sólo gran abrazo; México se abraza a lo largo de la noche para mantenerse abrigado.

Esta es la grandeza de la cultura mestiza, pienso. Todo el mundo

es bienvenido; todos nos podemos llevar bien. Gracias a Ella. Porque Ella es tanto indígena como española. Una cantante de *rock* y una danzante azteca. Ella tiene la piel aceitunada, una mezcla del marrón cobrizo indígena y del blanco ibérico. Ella es la mujer que pone al macho mexicano en su lugar —por más que se golpee el pecho cientos de veces, Ella es el origen de Todas las Cosas, la mujer-serpiente Tonantzin.

Ella es la protectora de la Familia, y azota a cualquiera que ponga en peligro el bienestar de un niño. Ella es, después de todo, la Madre Salvadora y ve el rostro de su Hijo en los rostros de cada hijo o hija mexicano. Quizás es por eso que la mayoría de los peregrinos son tan jóvenes. Es el México joven que se enfrenta a un futuro incierto, a un mundo violento, que se está buscando hoy en día en las selvas de Chiapas, a lo largo del interminable asfalto de la Ciudad de México y en las frías ciudades de los Estados Unidos. El México joven necesita desesperadamente de la fe.

Los cohetes estallan en el cielo antes del amanecer mientras yo subo el Cerro de Tepeyac. Me sobrecoge una terrible nostalgia: estoy regresando a la tierra natal de mi abuela, donde ella compró ese inmenso, hermoso retrato de Ella. Yo soy el hijo pródigo nacido en el Norte que regresa para envolverse en los amables pliegues del Tepeyac. No importa que mi español no sea perfecto, que coma hamburguesas y me fascine el *rock 'n' roll*. Lo único que la Virgen me exige es la fe.

Y yo sí tengo fe: más en Ella que en la política del país cuyo pasaporte cargo conmigo, el buen E.E.U.U. Éste es mi primer 12 de diciembre en la Ciudad de México, y se trata de una peregrinación tanto política como existencial. Yo soy doblemente mestizo: por mis venas corre sangre india y europea, además yo nací “al otro lado”, donde mis iconos culturales, además de la Virgen, incluyeron a *Soul Train*, la *Brady Bunch*, y, más adelante, a los poetas Beat, el *rock 'n' roll*, y el *rap*. Así es que he “regresado” a México no tanto para “recordar” quién soy sino para reconocer mi presente y buscar-

me un futuro. En la Virgen, me veo a mí mismo. La llamo la primera mestiza, la chicana original. Y puesto que ella cruza tantas fronteras —esos muros erigidos y mantenidos de manera tan firme por los nativistas norteamericanos y los nacionalistas mexicanos que se niegan a aceptar que ya vivimos en un tiempo sin fronteras— la llamo la Virgen Indocumentada.

Al amenercer del doce, miles de danzantes indígenas pisotean la lava de la plaza con sus pies desnudos entre nubes de incienso. El fiero resonar de sus tambores se mezcla con los himnos religiosos que emanan de la catedral. Los peregrinos sufrientes avanzan hasta la entrada de rodillas, mientras los rosarios cuelgan de sus manos y el sudor gotea de sus frentes. Yo veo que un hombre se abre paso hasta el lugar de nacimiento de la Virgen llevando a su hijo enfermo en brazos. México viene hasta Ella para curar sus heridas.

Venimos a rendirle tributo, y también a pedirle, según la tradición de las mandas. Yo converso con una familia que ha venido desde el barrio de East Los Ángeles para rendirle tributo. “Quiero pedirle que me traiga mejor suerte con mi trabajo en el norte”, me dice el hijo adolescente, un rockero de cabello largo. “Y que acompañe a todos los latinos de California ahora que han aprobado la 187”, agrega el padre.

Yo tengo fe en que México sobrevivirá este período turbulento y que mantendrá exacta su esencia. Esa esencia es el festival de la Virgen, donde todos los hijos de México se reúnen para admitir que es nuestro propio sufrimiento histórico —el racismo en contra de los indios, la diáspora y el conflicto de la inmigración— el que nos muestra el camino hacia nuestra redención. Es una esperanza que trae consigo una tremenda responsabilidad: vivir a la altura de la fe que la Virgen tiene en nosotros.

La mexicanidad del festival de la Virgen probablemente sería malinterpretada en los Estados Unidos. Más que nunca, los americanos se aferran a su “espacio” individual; su generosidad se vuelve cada vez más evasiva. Una fiesta como la de la Virgen les parecería

algo claustrofóbico, sucio, anárquico. Y sin embargo, eso que los norteamericanos no entienden acerca de los mexicanos es lo que precisamente les hace más falta. Los norteamericanos necesitan abrazarse a sí mismos. Yo he encontrado en México, a través de la Guadalupe-Tonantzín, lo que he perdido en la Prop 187, el “tres golpes y estás hecho” de California.

Diciembre de 1995. Yo quería volver a México otra vez este año para su día, pero me quedé varado en L. A. Sin embargo, después de reunirme con los fieles de la Iglesia de Nuestra Señora Reina de los Ángeles en el centro de la ciudad, apenas si eché de menos el no estar en México.

Yo llego a la iglesia a eso de las cuatro y media de la mañana, que ya es un poco tarde para las tradicionales mañanitas, la celebración del cumpleaños de la Virgen que empieza después de la medianoche y dura hasta que sale el sol. Todo lo que he visto en México el año pasado se duplica exactamente aquí. Los mariachis cantan con sus dramáticos vibratos y gesticulan con las manos. La gente se arrodilla a rezar o simplemente observa en un silencio reverente frente a su imagen, que está en todas partes. Hay un retrato suyo colgado en la iglesia, otro en un tabladillo ubicado en el patio, otro en un viejo altar que según se dice es el lugar de sus milagrosas apariciones. El brillo que emana de cientos de velas votivas flota sobre los rostros de los fieles.

Y allí está Ella otra vez, en los collares, en los calendarios de 1996, en las camisetas, ofrecida en voz alta por docenas de vendedores. Aquí está Ella, parada en uno de esos improvisados estudios de fotos *kitsch*. Unos cuantos se toman la foto parados allí a solas, pero en su mayoría se trata de familias reunidas para el recuerdo: la abuela de largas trenzas y chal, los padres de ojos enrojecidos que tendrán que irse a trabajar en eso de una hora, los chicos hiperactivos que hallan un escape en ese mundo de colores mágicos y solemnidad religiosa.

Estamos inmersos en la visión, el sonido, el olor: tacos, tamales, *hot dogs*, pan dulce, champurrado caliente y tragos de ponche. Nada cuesta más de un dólar. La Virgen, sobre todo, es la Madre de los Trabajadores Pobres. Mientras que la voz del pastor estalla a través de los altoparlantes contando el relato del encuentro de Juan Diego con la Virgen, el perfume de cientos de rosas rojas nos mece en el patio, recordándonos el milagro de hace siglos: el obispo escéptico le pidió a Juan Diego una prueba de que en realidad había visto la aparición milagrosa, y ella condescendió al presentarle varias docenas de hermosas flores en lo más crudo del invierno, cuando era imposible que creciera una sola flor. ¿Quién podría dudar de ese milagro? Las rosas florecen todavía a mediados de diciembre, cerca de quinientos años después.

Fue otro duro año en México, y los latinos fueron obligados a declarar que las cosas estaban mucho mejor en el Norte anti-inmigrante. Casi todos los fieles de aquí son recién llegados; muchos de ellos son indocumentados. Aquí en L. A., las mandas informan acerca de las dificultades y esperanzas de los inmigrantes.

Antonio Huanetlcóatl, el padre de una familia indígena de las serranías de Puebla, le pide a la Virgen que bendiga esta Ciudad de los Ángeles, que les “traiga comida a los hambrientos, salud a los enfermos, y paz a las tierras devastadas por la guerra”. Mientras tanto su hijo de veintidós años, Luis, le pide que acompañe a su joven esposa en su embarazo, para que un hijo saludable se una a la familia. “Estoy esperando que ella dé a luz en febrero, y he venido a pedirle a la Virgen que todo salga bien”.

Griselda Facio de Jalisco pide que haya un cambio de gobierno allá en México, y que cesen la crisis y el caos en su tierra. “Las cosas están muy difíciles donde quiera que uno vaya”, dice. “Estoy rezando por mí y por todos”.

Mientras tanto Doris Sánchez, una inmigrante hondureña de veinte y pico, reza por la paz aquí en L. A., por un cese en la guerra

urbana entre las pandillas enemigas de su vecindario. "Rezo para que la gente se organice" dice Sánchez, "para que ya no se mate a más gente inocente".

Y entonces también se le pide a la Virgen que cure los males del norte y del sur, por los seres queridos y por todos los demás que sufren. Puede que esta reunión en L.A. no sea tan monumental como el festival de la Ciudad de México. Pero hay aquí una intensidad tal que se equipara o incluso supera a la devoción demostrada en casa. Quizás sea la necesidad desesperada de conservar las raíces en un tiempo sin raíces donde la dirección de uno puede cambiar con ciertas vueltas del destino como la economía o la patrulla de fronteras.

Leonor Cervantes, nacida en Guanajuato y que ha reunido a sus cinco hijos, su madre y su hermana para estar aquí esta mañana, dice que ella tiene la impresión de que la fiesta para la Virgen parece ser más importante para los mexicanos de aquí que para los de casa. "Cuanto más lejos estás de casa, Ella te jala más", dice Cervantes. "Es una cosa increíble —Ella nos mantiene unidos, así estemos en nuestra patria o aquí".

Y luego me encuentro con Rafael Torres, quien luce como el típico adolescente norteamericano con la gorra de béisbol puesta al revés y los bolsudos jeans, salvo que su cara es idéntica a la de Juan Diego, con esas facciones indias que no se han modificado quinientos años después de la Conquista. Al llegó a salvo a Los Ángeles desde su tierra de Puebla, en gran parte debido a la guía de la Virgen. "Antes de que los inmigrantes se vengan al norte", dice, "justamente van a la iglesia de México, a recibir la bendición de la Virgen. Todo el mundo lo hace. Le piden que les permita venir a este país, cruzar la frontera sin problemas".

La virgen indocumentada.

La Madre de México es el centro de la familia mexicana. Puede que ella tenga hijos pródigos e hijas descarriadas. Puede que a veces sus hijos no tengan suficiente para comer, que atraviesen por tor-

mentas políticas en casa y en el extranjero, pero ella está allí, inamovible. Ella les recuerda a los mexicanos quiénes son, dondequiera que estén. Ella es su propia historia, les recuerda que ellos no sólo tienen un pasado milenario, sino un futuro milenario también.

La virgen indocumentada me ha acompañado en mi viaje a través de la vida, desde mi inocente niñez hasta mis locos años de adolescente hasta mis oscuros veintes y hasta esta extraña peregrinación de mis treinta. Hoy en día, yo vivo frente a la vieja casa de mis abuelos. Mi abuelo murió hace mucho tiempo; mi abuelita, la que me presentó a la Virgencita, partió hace seis años. Mis padres viven actualmente en esa casa. En unos meses, ellos se mudarán para otro lado y yo viviré allí. El retrato de la Virgen todavía está en lo alto de la sala. Ella está allí para siempre, y es una parte tan importante de la casa como los propios cimientos.